

LOS MÁS POBRES DE LA CIUDAD: INCITACIÓN SECULAR A LA LUCHA POR LOS DERECHOS HUMANOS

Intervención en la conferencia "Los pobres en la ciudad", organizada por la UNESCO en el Palacio de la UNESCO de París del 8 al 11 de diciembre de 1980.

El señor Fernand-Laurent, ponente en el coloquio sobre los derechos humanos en el entorno urbano, ha esbozado magníficamente el cuadro de los distintos factores de exclusión que pueden dificultar la integración en la vida urbana. Ha señalado la aparición de la exclusión por la miseria. Me gustaría que reflexionáramos más concretamente sobre esta exclusión.

La exclusión por la miseria es, en cierto modo, la que resume todas las demás, aquélla en la que se conjugan todos los factores de exclusión para expulsar de la vida socioeconómica, cultural y política a la población más pobre de todas las ciudades del mundo. Y es que al pie de la escala social la indiferencia, la intolerancia, las prácticas administrativas e incluso los textos de la ley acumulan sus efectos desfavorables en la existencia de toda una capa de población para expulsarla hacia otro universo de subsistencia, un universo al que, desde los Estados Generales de 1789, en Francia llamamos el Cuarto Orden o, como ahora, el Cuarto Mundo.

Desde que en los años 50 el Movimiento ATD Cuarto Mundo recogiera esta denominación para quienes, por su excesiva pobreza, no pueden entrar en el orden establecido de la sociedad en que han nacido, otros también han querido utilizarla, pero para señalar otras realidades. Lo lamentamos un poco, porque nunca es útil suscitar ni la más mínima confusión cuando se trata de denunciar la condición de los más pobres. Que al menos no se hurten las palabras, las denominaciones que les pertenecen. ¿Es que acaso no es una forma de privarles doblemente de sus derechos fundamentales hurtarles la denominación que podría ayudar a que se reconociera su identidad propia y, así, hacerles recuperar la plenitud de sus derechos?

A la vista de este reconocimiento, permítanme que recuerde brevemente lo que desde 1789 se entiende por Cuarto Orden o Cuarto Mundo. De esta explicación depende toda la acción a favor de los derechos humanos que se desarrolle en los barrios urbanos, en los suburbios o en los terrenos imprecisos que rodean nuestras ciudades, donde sobreviven hoy como pueden las familias del Cuarto Mundo.

UN PUEBLO CUYA HISTORIA NO SE HA CONTADO

Decíamos que el Cuarto Mundo es esta capa de población que está al pie de la escala social, es decir, la más pobre, que en todos nuestros países, industrializados o en vías de serlo, se encuentra prácticamente fuera de la vida económica, cultural y social de los demás ciudadanos.

De hecho, sin duda podría decirse lo mismo no de los pobres, sino de los totalmente empobrecidos de todos los tiempos, en particular en Europa Occidental, por no utilizar más que este ejemplo. La exclusión de los más pobres se ha producido en todos los siglos, y es de estos pobres excluidos de quienes hablaba Dufourny de Villiers cuando exigía su representación en los Estados Generales de 1789. El problema era que se trataba ya entonces y se trata aún hoy de una población tan difícilmente identificable como universal en el tiempo.

Es difícilmente identificable porque la historia de los más pobres a través de los tiempos prácticamente no se ha contado. Sabemos que los más pobres sólo aparecen episódicamente en nuestra historia, en "instantáneas", por así decir, cuando, también episódicamente, llaman más la atención de sus contemporáneos no pobres.

No vamos a detenernos en esta permanencia de una existencia fuera de la historia que soportan los pobres, en la que, sin embargo, es posible detectar unos rasgos universales leyendo entre líneas en documentos de cada época. Simplemente, pensemos un instante en esta perennidad de la expulsión de los más pobres que atraviesa la historia de las ciudades de Occidente como un hilo rojo. Una expulsión que hoy, con otras formas, sigue siendo la misma que en la Edad Media.

Recordad a los pobres que, en otro tiempo, tenían derecho al registro de menesterosos, es decir, a una ayuda y a un reconocimiento garantizados. Recordad a otros pobres menos reconocidos, pero a los que se acogía en los hospicios, los hospitales, las leproserías, incluso aunque no fuesen enfermos propiamente dichos. Eran unos pobres acogidos si no bien vistos, que tenían derecho a la atención pastoral de un obispo en cierta época del año y, durante todo el año, a la atención de religiosos o religiosas. Pero recordad, sobre todo, porque son los que nos interesan, a los pobres demasiado miserables para ser “pobres buenos” y que, por tanto, eran obligados a estar fuera de las murallas de la ciudad antes de la puesta del sol.

Eran también los pobres de que la justicia secular limpiaba las ciudades de Brabante, haciéndose cargo de los castigos imaginados por la Inquisición. Eran unos castigos que permitían enviar a una población de andrajosos, molesta para la buena gente, a largas peregrinaciones por haber robado comida o por otros hurtos propios de pobres. Los más pobres siempre han sido pobres malos y no por una mala moral congénita, como se ha repetido la humanidad siglo tras siglo. Han sido y son todavía pobres malos porque, por debajo de un cierto umbral de pobreza, no es posible vivir según las normas de buena conducta de la comunidad circundante.

Por eso la miseria puede convertirse en un círculo vicioso. Lo que hace con sus víctimas lleva a sus contemporáneos a privarles, de un modo u otro, de su derecho de ciudadanía, de los derechos fundamentales de su época. En épocas pasadas la ciudad los vomitaba y ellos se unían a los miserables que acampaban más allá de las murallas o llenaban los caminos de los peregrinos, los mercaderes ambulantes y los trovadores, y sobrevivían siguiendo sus huellas, convirtiéndose a su vez en peregrinos, mercaderes o trovadores, o simplemente se hacían bandoleros o asesinos.

La ciudad los vomitó. También les encerró en sus “casas de trabajo”, sus “casas de pobres”, sus asilos para locos, cuyos prototipos, en el Amsterdam del siglo XVII, eran visitados por gente llegada de muy lejos. Igual que hoy se visita tal o cual ciudad construida para las familias llamadas “problemáticas” o “irrecuperables”, y cuyo principio sigue siendo el mismo: alejarlos de los lugares donde viven otros ciudadanos y, si es posible, educarlos. La corte de los milagros, la calle Francs-Bourgeois, que ya no estaba reservada a los burgueses venidos a menos, sino a los que la enciclopedia Larousse sigue llamando “falsos pobres vergonzantes, que usan su miseria para despertar la compasión”... Son los lugares que nuestras ciudades reinventan en todas las épocas, igual que reinventan la pura y simple expulsión.

Por seguir centrándonos en la Europa Occidental, reconocemos a los antepasados de los más pobres de hoy que surgen de sus casuchas, de sus chabolas y de sus cuevas de los alrededores de París para dar su vida en las barricadas de la Comuna. Los acontecimientos que les permiten mezclarse con sus ciudadanos sin demasiada vergüenza, conquistando así un cierto prestigio y —¿quién sabe?— tal vez algún beneficio material, siempre les han hecho surgir así. En nuestra época, los acontecimientos de 1968 fueron un ejemplo de ello en muchas ciudades de Europa Occidental. Allí también encontramos de pronto a jóvenes subproletarios que dejaron sus ciudades de los alrededores de París arrancando adoquines al lado de los estudiantes.

Pero la Comuna y los acontecimientos de 1968 son también buenos ejemplos de que la gente de las ciudades no mantiene mucho tiempo en su seno a estas personas y familias que tan poco les honra en tiempos normales. Los supervivientes más pobres de la Comuna y sus descendientes pronto se encuentran otra vez en esa tierra de nadie entre la ciudad y el campo que son las chabolas. También los jóvenes subproletarios que aparecieron en nuestras calles en 1968 se encuentran hoy en sus ciudades mediocres y atestadas, construidas en los terrenos de chabolas a partir de 1945.

Son ejemplos instructivos que, sin embargo, no nos enseñan nada porque no se sitúan en una historia más global correctamente analizada y transmitida.

EL ANATEMA

De todos modos, por lo que se refiere a la entrada de los más pobres en la era industrial, la suerte se echó en época de Karl Marx y Friedrich Engels. Ellos describieron mejor que nadie a aquellos de quienes descienden

en línea recta estas familias, las más pobres, tan desesperadamente difíciles de integrar en nuestras ciudades actuales. Ya vieron a todo un pueblo estratificado en sí mismo, pero prácticamente fuera de la sociedad de clases que nació entonces.

Marx y Engels distinguen en primer lugar a la “mano de obra excedente”. Sin embargo, la mayor parte de ese “excedente”, por no decir todos, podrán todavía entrar en la nueva clase obrera en formación. Después, en palabras de Marx, encontramos una “población estancada, más rechazada que atraída por los nuevos centros industriales”. Ya no se trata de una posible “mano de obra”. Esta población no se siente atraída hacia los talleres y las fábricas y para ella aumentan los riesgos de no encontrar nunca su lugar allí. Por último, Marx y Engels son igualmente pesimistas para lo que denominaron una capa social que está “en el infierno del pauperismo”. Son aquellos “que nunca han asistido a la dura pero fortalecedora escuela del trabajo”. Y algo más allá aún se sitúan los ciudadanos sin un medio de vida bien definido, a veces ni siquiera reconocible, y, al menos algunos, sin domicilio fijo.

Para estos últimos el anatema será terrible y para siempre: el "lumpenproletariado", que se define como “una gran masa bien diferente del proletariado industrial, cantera de rateros y delincuentes de todas clases, que viven de los despojos de la sociedad, gentes sin profesión fija, vagabundos, gente sin patria ni hogar”.

Aquí tenemos, en pocas líneas, una descripción de la miseria que volvemos a oír de boca de los no pobres en todas las épocas y en todos los continentes. Una descripción que puede oírse hoy hablando de las familias de los barrios bajos de Nápoles, de las que todavía siguen estancadas alrededor de las viejísimas cervecerías de la ciudad de Liverpool, alrededor de los muelles de Amsterdam y Rotterdam o de las familias de las ciudades subproletarias de Caen, de Rennes, de Nancy, de las que viven en los antiguos cuarteles de Rastadt en la República Federal de Alemania.

Descripción y anatema a la vez, que a partir de ahora oiremos en todos los países en los que la industrialización y el cambio económico y social dejen de lado a los más pobres. Y es que es así como se habla de ellos en Bogotá, en Bangkok o en Abiyán. Minados por una miseria demasiado larga para ser virtuosos, los más pobres se ven atacados por todas partes con un anatema que supone desprecio, temor, exclusión. La exclusión les impide casi definitivamente presentarse como hombres plenos, conseguir que se les reconozcan los Derechos Humanos cuya aplicación les permitiría, precisamente, demostrar que son hombres tanto como sus conciudadanos (si no lo son más).

Y recordad que estos grupos de población expulsados hacia un Cuarto Mundo en el que no se aplica la Declaración de 1948 son, ante todo, hombres, mujeres, niños del mismo país que los excluye. No son, en general, gente llegada de otro sitio. Sólo algunos pertenecen a minorías étnicas. En el Cuarto Mundo de Occidente sólo una parte son trabajadores emigrantes. Del mismo modo, sólo encontramos una reducida proporción de indios en el Cuarto Mundo de Guatemala, Colombia o Estados Unidos. El Cuarto Mundo son esencialmente ciudadanos “como los demás”, de la misma raza, de la misma etnia, nacidos en la misma tierra que los demás.

SIN HISTORIA RECONOCIDA NO HAY REPRESENTACIÓN POLÍTICA

Es conveniente recordar este proceso histórico que ha conducido a los más pobres de Occidente –y que puede hacer lo mismo con los más pobres de todo el mundo– a trazar su propia historia. Una historia solitaria que hace de ellos, de forma tangible, un “cuarto orden”, puesto que les resulta imposible entrar en las nuevas clases obreras que nacen y se consolidan en la estela de la industrialización y la urbanización.

Una historia solitaria propia y, sobre todo, una historia desconocida. A nuestro modo de ver, su desconocimiento es la causa de la actual negación de derechos humanos en lo más bajo de la escala social urbana de los países industrializados. En efecto, ¿quién ha reconocido que la historia de los más pobres y la de la población trabajadora activa se bifurcaron al comenzar la era industrial? Este malentendido histórico que se produjo en Occidente, ¿no puede instalarse ya en nuestra forma de ver el destino de los más pobres de otros continentes? ¿No puede llevar a una misma negación de los derechos inalienables?

Sea como sea, por lo que se refiere a los derechos humanos en las democracias urbanas (como en las democracias aún mayoritariamente rurales, también) es esencial darse cuenta de que en ellas sólo están representadas las categorías de población cuya identidad común pasada y presente está debidamente reconocida. La legitimidad de la representación política se basa en una historia común que forja necesidades e intereses comunes o que da lugar a un mensaje, a una ideología específica que se exige para el conjunto de la sociedad de que se trate. Estas dos justificaciones de la representación política, basadas en el reconocimiento de una historia pasada y presente concreta, muchas veces, además, están ligadas. Pero lo esencial es que sin este reconocimiento es imposible que un grupo se convierta en sujeto de la vida política, interlocutor auténtico en democracia, libre para expresar su experiencia, su pensamiento, sus aspiraciones propias.

En lugar de reconocer la historia y la identidad histórica de un grupo, le diremos lo que siempre se ha dicho a la población subproletaria de los países industrializados, es decir, que tendrá que recurrir a las organizaciones políticas, sindicales, familiares o de consumidores. Puesto que no tiene nada particular que exigir, saldrá ganando en los grupos de interés creados por y para los demás ciudadanos, se sabrá defendida porque se ha convenido recurrir a los interlocutores sociales que ocupan ya el espacio público. Esta actitud exclusiva para ellos hace que, cuando se trata del Cuarto Mundo de Occidente, nuestras democracias aparezcan como coto de caza de quienes ya se han hecho un sitio. Al estar fuera de la historia queda fuera de la política y al estar fuera de la política le será imposible conseguir los medios para reclamar su historia.

SIN REPRESENTACIÓN POLÍTICA NO HAY DERECHOS HUMANOS

En estas condiciones, la capa de población más pobre puede ser objeto, nunca sujeto, de las decisiones políticas. Y la democracia que la trata como objeto, sin tener conciencia de su verdadera identidad, no producirá en ningún caso las legislaciones económicas y sociales, las legislaciones de medio ambiente, de empleo, de sanidad y de escolarización capaces de llevar a la práctica los derechos del niño y los derechos del hombre hasta lo más bajo de la escala social.

Sería un error pensar, como se ha hecho con demasiada frecuencia, que las legislaciones que en principio garantizan los mismos derechos inalienables a todos pueden proteger también, como por milagro o descuido, a los trabajadores y a las familias más pobres, cuya situación de privación extrema nunca ha estado en el orden del día. En la medida en que nunca se ha considerado que forme parte del conjunto de las situaciones que deben contemplarse en la elaboración de las leyes, de los decretos de aplicación y de los reglamentos internos de nuestras instituciones, ellos no podrán aprovecharlos.

Pero hay algo peor, porque, al no poder aprovechar las legislaciones ni las estructuras creadas para garantizar los derechos de todos los ciudadanos, la población del Cuarto Mundo va a sufrir una doble marginación. En efecto, en una democracia que no comprende su falta de participación, cada vez aparecerá más “desviada”, lo que confirmará en cierto modo lo que de todas maneras se pensaba de ella: que representa una especie de desecho de la humanidad. Sin una historia que explique su situación actual, ¿qué puede ser sino una amalgama más o menos fortuita de “casos marginales”, de “casos sociales”? En nuestras ciudades, en nuestras democracias, que, sin embargo, tienen una conciencia social innegable, la población subproletaria suscita así cada vez más medidas marginales que, se espera, sean en buena medida “educativas”. Puesto que se duda de las personas y no de las estructuras, ¿qué hacer sino inventar medidas específicas, marginales respecto de las legislaciones existentes? Y como no “se educa” a una población partiendo de un malentendido histórico y desconociendo su identidad, estas medidas marginales no pueden llevar a ninguna solución. Muchas veces se conciben como algo temporal, pero se convierten en un modo permanente de gestionar la pobreza.

Los núcleos urbanos que han creado ciudades de urgencia o de tránsito, que gestionan los presupuestos de ayuda social o de asistencia pública para intervenir en caso de urgencia, los núcleos urbanos que crean clases especiales para niños retrasados de barrios pobres saben algo de esto. Sus autoridades municipales han renunciado en muchos casos a encontrar verdaderas soluciones. ¿Quién puede echarse en cara? Les han cargado con un problema que no es de su ciudad propiamente dicha, que no es un problema de urbanización ni de administración urbana, sino un problema fundamental y general de la democracia. Esperando que así se

reconozca, hemos dejado a los municipios la tarea de enfrentarse individualmente al círculo vicioso en el que se engendran y se refuerzan mutuamente la denegación de los distintos derechos del niño y del hombre. Este círculo vicioso que nos hace comprender hasta qué punto están indisolublemente unidos estos derechos inalienables es lo que el Movimiento ATD Cuarto Mundo ha intentado reflejar en su estudio “El Cuarto Mundo ante los Derechos Humanos”. Este estudio, realizado bajo los auspicios de la División de Derechos Humanos de la UNESCO, incluye también indicaciones sobre el tipo de acción llevada a cabo por el Movimiento con las familias del Cuarto Mundo a partir del análisis que acabamos de bosquejar. No voy a añadir nada más: me limitaré a subrayar una única lección.

UN PUEBLO PRIVADO DE DERECHOS, PERO CAPAZ DE ASUMIRLOS

Insistiremos mucho en esta lección, porque la pregunta que más frecuentemente se plantea hoy es saber si los excluidos que se presentan ante nosotros desfigurados e irreconocibles son todavía capaces de asumir sus derechos.

La respuesta del Movimiento ATD Cuarto Mundo es un sí sin dudas ni reservas. En más de cien programas efectuados y debidamente evaluados en una docena de países de cuatro continentes, la población del Cuarto Mundo ha demostrado ser perfectamente capaz de ponerse en pie y emprender su existencia de una forma nueva. El Cuarto Mundo es capaz de liberarse. ¿No deberíamos preguntarnos más bien saber si nosotros somos capaces de devolverles los Derechos Humanos?